

YA NADA ES IGUAL, PERO YO LO RECUERDO

————— Gregorio González Perlado

Veinteañeros, vivíamos entre la transición y la desesperanza en una ciudad de un país apesadado por una interminable dictadura, para la que unos cuantos auguraban un pronto final, pero la que a nosotros, jóvenes periodistas ‘de provincias’, pretendía seguir estrangulando nuestras voces de libertad. Sucedió en Badajoz, una ciudad fronteriza con Portugal, en la que -también por eso- todavía resistían sin oposición las proclamas y las soflamas propias de las dos autocracias más longevas en la historia del Viejo Continente: las de Portugal y España.

Veinteañeros, por edad significábamos la nueva savia informativa del periódico Hoy; por convicción, en aquel ambiente añejo, disciplinario y ultramontano, éramos una elocuente manifestación de la rebeldía. Periodistas de carrera en una Redacción, en la que la mayoría de sus miembros hasta nuestra llegada se habían acogido a la conocida vulgarmente como Ley Fraga, para hacerse con su carnet de periodista sin pasar por una escuela ni estudios.

Veinteañeros, nuestra mente jugueteaba ya con la palabra democracia durante los primeros años de la década de 1970. Comenzamos a bregar por la libertad cuando todavía los ‘grises’ apaleaban con sus porras y rociaban con cal viva a los estudiantes en los paraninfos universitarios, cuando aún las autoridades provinciales de ciudades tan rancias como aquella, pretendían seguir abalanzándose sobre los derechos humanos. Sabíamos de nuestra juventud, que se deseaba capaz -como escribí en uno de mis libros- de alcanzar la azotea desde donde divisar el futuro.

Cerón.

Acaso por ello, a los veinteañeros de entonces la llegada del 25 de abril no llegó a sorprendernos, porque nosotros, a diferencia de la mayoría de rancios del lugar, no cruzábamos la frontera con Portugal expresamente para zampar bacalao dorado en la Pousada de Elvas y/o ver películas clasificadas S en el cineclub o en la terraza de verano, como el compañero Luis Ángel Ruiz de Gopegui recuerda que hacía un individuo de la carcunda peyorativamente

provinciana, Miguel Cerón Bailo, entonces delegado en Badajoz del Ministerio de Información y Turismo, un siniestro y buñuelesco personaje que se nos ofrecía como vocero salvaguarda de las 'buenas costumbres' por el día, pero al anochecer...

Otelo.

El aviso secreto de que algo iba a cambiar súbitamente en Portugal se produjo en la noche del 24 de abril, con la preparación de tropas, y saltó al aire en la madrugada del día 26, con 'Grândola, vila morena', pero la fecha que recoge la historia ha sido, y seguirá siendo, la del 25 de abril, día de la revolución de los claveles. En eso llegó Otelo, mayor Saraiva de Carvalho, que tomó el mando en Lisboa y derrocó 48 años de dictadura, sin más ni más.

Para nosotros, jóvenes periodistas en una ciudad de la raya con Portugal, la posible sorpresa inicial se convirtió pronto en certeza de lo esperado. Para otros, redactores entrados en años, rancios en sus doctrinas franquistas casi todos, el pasmo resultaría mayúsculo. Acaso tanto que ni el director del diario Hoy supo reaccionar adecuadamente, tal que tomó la decisión más disparatada: convertir en enviado especial a Lisboa al primer periodista que encontró al llegar esa mañana a la Redacción.

Conejero.

El director del Hoy de entonces era una persona acomodada, con apariencia de estar a medio camino entre la cultura y el deporte. En el buen sentido de la palabra, era un hombre bueno. Antonio José González-Conejero Martínez llegó al periodismo desde la abogacía, y a ella se dedicó en el Levante años después de abandonar la dirección del diario extremeño. En su despacho de Badajoz gustaba del sosiego para dedicarlo a lecturas livianas; no rehuía los problemas, aunque jamás los buscaba.

Tuvo la ocurrencia o la habilidad de renovar profundamente la Redacción del Hoy, fichando a periodistas recién salidos de las escuelas o facultades, a los que acaso por inercia fue entregando la marcha del diario. Sin embargo, cuando llegó el que hasta entonces iba a ser el momento más crucial de su etapa, no pudo o no supo reaccionar como habría sido menester: precipitadamente y sin lógica, envió al 'frente' lisboeta al rancio periodista de más edad, quien por coraje e ideología resultaba el menos adecuado para cubrir aquella coyuntura histórica.

Puig.

De ascendencia catalana, aunque de nacencia emeritense, llegaría al oficio de periodista merced a la ocurrencia, y no al estudio de carrera precisa para su ejercicio. También quizás por sus 'méritos' en la divulgación y defensa de los usos y costumbres del franquismo. No en vano, antes de alcanzar la Redacción de Hoy, Narciso Puig Mejías había ocupado cargos tan 'gloriosos' como instructor del Frente de Juventudes y jefe provincial de Falange Española y de las JONS, de Badajoz.

Pese a su ascendencia catalana, le enervaba que los jóvenes periodistas pronunciáramos Puch al llamarle por su apellido, con lo que dejaba trascender en él ese anticatalanismo tan propio de la dictadura, a la que perteneció con ahínco. A personaje tan jacobino y doctrinario le tocó en mala suerte cubrir informativamente, en primera instancia, el fin de la dictadura en un país hermano y el comienzo de una democracia esperanzada. Y ello por haber sido el primero en llegar a la Redacción el 25 de abril de 1974.

Duque.

Tengo por recuerdo que la 'aventura' inesperada de Puig Mejías no duró más allá de un día, acaso unas cuantas horas, bien porque rogase a su director que le sacara de aquel nido de rojos y revolucionarios, bien porque González-Conejero comprendiese de súbito su error, bien quizás porque los jóvenes periodistas le expresáramos asombro, o acaso porque uno de los nuestros se ofreció de inmediato a suplir al jacobino. Sea tal o no, fue el caso que el más joven de los periodistas de Hoy marchó a Lisboa.

De manifestada intención democrática, aparentemente de izquierdas y con certeza rebelde, José Carlos Duque García rondaba los 25 años cuando se incorporó al periódico extremeño. Con mucho nervio, vigoroso y locuaz, Duque ganaba enteros en las distancias cortas, atraía al medroso, deslumbraba al indeciso y, por ende, irritaba a la vieja guardia franquista, más aún cuando a su recién nacida hija se empeñó en darle el nombre de Libertad, palabra todavía socialmente deshonrosa para los defensores de los coletazos franquistas.

Con todos esos mimbres a su favor, parecía escrito que fuese el enviado especial a Lisboa para cubrir los primeros días de la predemocracia portuguesa: Duque, a cambio de Puig. Estaba cantado, era periodísticamente razonable. Y lo hizo, pues sus crónicas otorgaron a la revolución todo merecimiento, con

las intenciones y sentidos que tuvieron inicialmente, no solo para el pueblo portugués, sino también para sus vecinos españoles.

[Medio año después, José Carlos Duque se convirtió en el más joven director de un medio de comunicación español, cuando accedió al cargo en la Hoja del Lunes de Badajoz. ¿Estaba escrito?].

2024.

Portugal recuerda ahora su medio siglo de encuentro con la libertad. España la hallaría un año y medio más tarde. La Península Ibérica se zafó de sus dictadores con actitudes muy diferentes: Portugal, merced a un golpe ejecutado por los militares y vitoreado por la inmensa mayoría de los ciudadanos, porque ambos lo hicieron posible; España, debido a la muerte del dictador, pero con los militares fieles a Franco y algunos millones de ciudadanos guardando su cadáver y su memoria, de modo que el proceso democrático, en un país tan convulso, hubo de iniciarse en junio de 1977, con las primeras elecciones libres.

Ha transcurrido medio siglo desde entonces. Ya nada es igual, ciertamente, ni en el planeta Tierra ni en cada uno de nosotros. Tampoco en aquel periódico extremeño en el que un grupo de jóvenes esperanzados y curiosos, casi advenedizos en la profesión, contemplamos con entusiasmo la llegada de la revolución a una tierra cercana a nosotros, a la que admiramos desde entonces un poco más, pues Portugal ponía en marcha un proceso democrático por el que la mayoría de nosotros, desde la frontera de Badajoz, habíamos batallado en los últimos tiempos.

Cierto: ya nada es igual en nuestra península. Ni nuestro entorno. Ni siquiera nosotros mismos. Pero yo lo recuerdo.